

Transfiguración del poema

Eliacer CANSINO MACÍAS*



Como si un cepo interior hubiese atrapado la fauna de mi frente, durante varios días permanecí irresuelto en torno a una idea. Con esfuerzo diario logré ir desentrañando el artificio que me tenía preso y, al fin, una tarde pude abrir los dientes férreos de la opacidad y presentir la iluminación de los versos.

Con la firmeza que dan las intuiciones logradas tras largo tiempo de persecución en silencio, tomé la pluma y escribí:

«Donde habita el sapo

en ese mismo instante el papel comenzó a temblar como si un viento interior lo hubiese habitado y, en el lugar exacto en que había inscrito la última palabra, se inició una mancha parduzca que fue cobrando consistencia y volumen hasta convertirse en un pequeño gránulo palpitante. Inmediatamente un crecimiento vertiginoso se apoderó del cuerpo extraño y, fruto de una metamorfosis increíble, surgió un bulto de rugosidades pardas y gelatinosas en el que se abrieron, como azahares de luto, dos ojos que me miraban.

Me sentí aterrado. Con un gesto mecánico intenté clavarle la punta de mi pluma en el dorso. El sapo, pues eso era lo que allí había, saltó, más ágil que mi brazo, hacia delante y se colocó, siempre mirándome de soslayo, en un extremo de la mesa. Lancé de nuevo, sin pensarlo, mi puñalada estilográfica sobre él y logré herirlo ahora, de un roce, en el vientre. Él volvió a saltar y cayó por el borde de la mesa sobre un acopio de cajas que allí había

apiladas, ocultándose de mi vista. Me quedé paralizado. Con esfuerzo retomé la pluma y escribí de nuevo:

«Donde habita el sapo

no había aún acabado de cerrarla cuando, removiéndose entre las cajas, saltó otra vez hasta la mesa el mismo sapo de antes. Se arrellanó y me dejó fijo en la línea de sus ojos. No sentí ahora agresividad alguna. Una curiosidad insospechada se apoderó de mí y reprimiéndome el asco que el pálpito de su garganta, como si de un enfermo de bocio se tratase, me producía, intenté continuar mi escritura. El animal pareció presentir que no existía ahora amenaza alguna en el agudísimo final de mi pluma y permaneció inmóvil. Continué:

«Donde habita el sapo
en ese lugar exacto de la noche
planta la luz con su delirio

súbitamente, el sapo, con un brote de impudicia, escupió en el mismísimo lugar en el que iba a colocar la siguiente palabra. Un sentimiento de indignación y sorpresa me invadió. Volví a leer el poema, pero las letras se agitaron extrañamente y la palabra sapo descendió hasta el lugar en donde el sapo había escupido. No entendía nada de lo que allí ocurría.

* Catedrático de filosofía del I.B. «Los Alcores», Mairena del Alcor-Viso del Alcor. (Sevilla).

Leí, de nuevo:

«Donde habita
en ese lugar exacto de la noche
planta la luz con su delirio
el sapo

y junto a esta última palabra se colocó el bicho.

Aquello no tenía sentido. Al menos no el que mi intuición me prometía. Decidí no soportar ni un momento más el juego estúpido del batracio y, con una resolución inalterable, agarré con una mano el cortaplumas que siempre estaba en mi mesa y con la otra escribí:

«Donde habita el sapo

en ese momento el sapo se instaló junto a la palabra sapo y yo aproveché el instante para, de una estocada precisa, clavarlo allí, en mi mesa, en el lugar exacto del papel en que quería situarlo. Se retorció al sentir el frío de la hoja. Exhaló un resoplido débil y una segregación salivosa rodeó la comisura de su enorme boca. Sin asco ni pánico, continué:

en ese lugar exacto de la noche
planta la luz con su delirio
las rosas que ahuyentan
las hélices de lo feo.»

Volví a releerlo:

«Donde habita el sapo
en ese lugar exacto de la noche
planta la luz con su delirio
las rosas que ahuyentan
las hélices de lo feo.»

Me sentí lleno de satisfacción. Había doblado al estúpido animal. ¡Aún era posible guiar la punta de mi pluma, con precisión, hasta el corazón de la idea!

Exhausto, por el esfuerzo, abandoné todo sobre la mesa y salí a la calle para ver las ro-

sas verdaderas. La brisa en la cara me hizo recobrar el otro lado del cristal, el lugar donde la lucidez depende de las cosas. Paseé durante toda la tarde hasta que las calles quedaron oscuras. Volví a casa caída ya la noche y, al llegar, me entré derecho al gabinete para releer el poema que había concluido horas antes. Me acerqué a la mesa deseoso de recobrar los versos y, al verlos, me sentí horrorizado: el sapo había logrado zafarse del abrecartas y con el cuerpo destrozado, casi sin abdomen, se había situado, manchando de un líquido verduzco el papel, en el lugar de las rosas; éstas se habían corrido hacia arriba, las palabras estaban trastocadas y el animal parecía sonreír entre salivas y lengua. Volví a leer con espanto:

«Donde habitan las rosas
en ese lugar exacto de la luz
planta la noche con su delirio
el sapo que ahuyenta
las hélices de lo feo.»

